

whisky, sexo y guerra fría

CUANDO se estrenó en Madrid la primera película de la serie James Bond, no se vio en ella más que un amable pasatiempo, de una brillantez poco común en el mortecino cine británico, y con una intervención de elementos éroticos igualmente inhabitual en aquella cinematografía. Ian Fleming, el autor de la novela de que procedía el film, era un desconocido en España y lo mismo podía decirse de los intérpretes, mientras el director, Terence Young, nunca había ido más allá de la simple labor artesana. Hoy, al estrenarse el tercer film de la serie, las cosas han cambiado totalmente. James Bond se ha convertido en poco menos que un mito y las películas en que su figura es personaje central, constituyen éxitos de taquilla garantizados, mientras su intérprete, Sean Connery, es uno de los más cotizados en el mercado internacional. Es a partir de aquí como hay que enfrentarse con el film y con lo que supone dentro del cine llamado "comercial".

En un momento en que los "géneros" tradicionales vuelven por sus fueros, no sólo en el cine americano, sino también en el europeo, la serie James Bond supone el renacimiento del film de espionaje, con unas características que le hacen emparentar no sólo con el de aventuras, sino también, y por intermedio de los "cómic", con el viejo cine en episodios de hace una cuarentena de años o más. El "héroe", en su más tradicional acepción, vuelve a la palestra. Y este héroe, con aspiraciones de símbolo, se desenvuelve en un mundo que intenta a su vez ser símbolo de la civilización de nuestro tiempo. Guerra fría, defensa de los más decadentes valores de la llamada civilización occidental, alcohol, violencia y sexo son los ingredientes invariables de la serie. "El agente 007", con autorización para matar, es el hombre que, para cumplir su "misión", no repara en medios, lo mismo que cuando se trata de conquistar a una bella mujer. Trabajando sólo, sin necesidad de ayuda exterior, protegido siempre por una especie de "providencia" particular, Bond representa el triunfo del más exacerbado individualismo, a través de la realización de una serie de actos apriorísticamente justificados por la "nobleza de la causa" que van encaminados a defender. Todos estos elementos, sublimados por la brillantez del tratamiento empleado, son los que contribuyen a mitificar al personaje. Y el mito violento-erótico-político está en vías de convertirse en uno de los más importantes y merecedores de atención de nuestro tiempo.

Bien es verdad que, en su versión cinematográfica, el personaje de Ian Fleming no tiene exactamente las mismas características que en las novelas originarias. Se han limitado aristas, por un lado, y se ha recurrido a una estilización, no sólo formal sino de concepto, que despoja a los relatos de su más discutible elemento: el político. En este sentido se ha tendido a acercar los films al dominio de la "aventura abstracta", pero sin prescindir, en los planteamientos generales y en la caracterización de los personajes matavidos, de elementos que no dejan de pertenecer a un determinado sector, aunque nunca las cosas estén dichas claramente, más quizá por miedo a perder los mercados en los que ciertas posturas fanáticas ya no rinden que por una real preocupación de honestidad. Las películas, pues, resultan válidas en lo que tienen de aventura, de espectáculo brillante en el que el prisma del humor suaviza tensiones y hace pasar determinadas cosas, pero no dejan de traslucir, de un modo indirecto, un fascismo latente que puede temerse que, a medida que el mercado vaya siendo invadido por las imitaciones y réplicas que ya se están realizando en todo el mundo, llegue a tener una influencia decisiva en las conciencias de los espectadores que acuden, simplemente, a pasar un buen rato.

"Goldfinger", último producto de la serie Bond, al tiempo que responde a estas consideraciones generales, tiene la virtud de ir más lejos que los anteriores por el camino de la abstracción de los datos de la intriga. Volcada sobre la tecnología, la película se convierte en un despliegue de medios mecánicos con los que los dos bandos en pugna intentan ganar la batalla. En ciertos momentos llega a crearse un universo lindante con el de la ciencia-ficción, dado a través de un tratamiento de "cómic". Y es en esta línea donde debe apoyarse la serie para encontrar su verdadero camino. A esta escala muchas cosas son admisibles. Guy Hamilton, que ha sustituido en "Goldfinger" al realizador habitual de la serie, ha sabido crear un clima que en momentos resulta alucinante, pero le ha faltado ese segundo grado que un empeño de este tipo requiere, la intención que vaya más allá del poner en imágenes brillantes un guión, que explote hasta el final cada truco, cada hallazgo. Es muy posible que sólo un director americano fuese capaz de dar este tomo que, a medida que las sorpresas van siendo menores por la repetición de los temas, se hace cada vez más necesario en la serie en cuestión. Con todo, y en su conjunto, si bien "007 contra el Dr. No" sigue siendo el mejor James Bond, "Goldfinger" supone un paso adelante en el sentido aludido de intentar ir más lejos en el terreno del acercamiento a la técnica del "cómic". A señalar que la versión española produce la impresión de haber sido aligerada en lo que se refiere a las intervenciones del elemento femenino.



elegancia en la intimidad con...

Sinfonia



las prendas de calidad y diseño
actualísimos: prendas

manufacturas torra-roca

Sinfonia